



tarja 13

TARJA

Dirección

BUSIGNANI

CALVETTI

FIDALGO

GROPPA

PANTOJA

## Archivo capitular de Jujuy

TOMO IV, pp. 151 y 252

y del mismo modo se ha-  
dad en el precio señalado  
venta (pág. 316 v.) de  
prebiniéndose a los Abas-  
es que afin de que se ebi-  
fraudes que reclaman al-  
compradores por la poca  
d de las Balanzas por ser  
las usen en los subsecibo  
n, oja de lata, u otras  
entes, colgando o suspen-  
as a una distancia propor-  
para que como sucede en  
matanserías no toque la  
en la tabla que se pone  
antes que el comprador  
ore que el peso que debe  
s el que le inclina; pues  
ar la tabla o el mostrador  
ado inmediato a las Balan-  
n el mismo impulso con  
arroja la carne a una de  
e acerca y apoya la Ba-  
n la tabla, y con la mis-  
estesa se saca y entrega  
e al comprador sin que  
a, y se satisfaga que esta  
esada; lo que se consigui-  
pendiéndose la Balanza a  
altura...»

no de Eguren.- Escribano  
y de Cabildo. — Veinte  
días del mes de septiem-  
nil ochosientos ónse años.

no há que observe la  
scandalosa ratería en el  
e de las cosas más preci-  
su manutención sin que  
magistrado haya tomado  
por Providencia para con-  
a codicia de los vendedo-  
egando estos al extremo  
lar impunemente los esta-  
Municipales. Estos en todo  
bien gobernado lo tienen

en el peso del pan al par de los  
precios de las harinas; y segun  
me hallo informado Jujuy no ca-  
rece de regla en esta parte; pero  
debe estar en los Archivos uni-  
camente, pues es notoria la inso-  
lencia con que se quita al pan el  
peso establecido en ella, con per-  
juicio del público y de mis tro-  
pas. En beneficio de uno y otro  
espero que V.S. haga salir á luz  
y publicar por bando la Tarifa  
que debe reglar el peso del pan  
y hacerla observar inviolable-  
mente con la imposición de  
ciempesos de multa á la Pana-  
dera o Panadero que la violan-  
se...»

Juan Martín de Pueyrredón. —  
Cuartel General de Jujuy Diciem-  
bre 20 de 1811.

ES TRANSCRIPCIÓN LITERAL.- « TARJA »

### COLABORAN

#### Plástica

Alonso  
portada

Gnecco  
pág. 325

Leaño  
pág. 330

Rebuffo  
separata

Moscarda  
pág. 311-323

Pantoja  
págs. 308-17-29

Pellegrini  
págs. 318-22

Pons  
págs. 320

#### Gráfica

linotipista  
García

tipógrafo  
Valda

maquinista  
Villalba

fotografador  
De la Torre

diagramador  
N. G.



# Archivo capitular de Jujuy

TOMO IV, pp. 151 y 252

«... y del mismo modo se haga novedad en el precio señalado para la venta (pág. 316 v.) de Carnes, prebiniéndose a los Abastecedores que afin deque se ebinten los fraudes que reclaman algunos compradores por la poca fidelidad de las Balanzas por ser de palo, las usen en los subseciño de laton, oja de lata, u otras equivalentes, colgando o suspendiendolas a una distancia proporcionada para que como sucede en algunas matanserias no toque la Balanza en la tabla que se pone debajo antes que el comprador seserciore que el peso que debe tener es el que le inclina; pues por estar la tabla o el mostrador demaciado inmediato a las Balanzas, con el mismo impulso con que se arroja la carne a una de ellas, se acerca y apoya la Balanza en la tabla, y con la misma prestesa se saca y entrega la carne al comprador sin que este vea, y sesatisfaga que esta bien pesada; lo que se conseguira suspendiendose la Balanza a mayor altura...»

308 Mariano de Eguren.- Escribano Público y de Cabildo. — Veinte y ocho dias del mes de septiembre demil ochosientos ónse años.

«Tiempo há que observo la mas escandalosa rateria en el vendage de las cosas mas precisas a su manutencion sin que ningun magistrado haya tomado la menor Providencia para contener la codicia de los vendedores; llegando estos al extremo de violar Inpunemente los estatutos Municipales. Estos en todo Pueblo bien gobernado lo tienen

en el peso del pan al par de los precios de las harinas; y segun me hallo informado Jujuy no cabe de regla en esta parte; pero debe estar en los Archivos unicamente, pues es notoria la insolencia con que se quita al pan el peso establecido en ella, con perjuicio del publico y de mis tropas. En beneficio de uno y otro espero que VS. haga salir á luz y publicar por bando la Tarifa que debe reglar el peso del pan y hacerla observar inviolablemente con la imposicion de ciempesos de multa á la Panadera o Panadero que la violan. se...»

Juan Martin de Pueyrredon. —  
Quartel General de Jujuy Diciembre  
20 de 1811.

ES TRANSCRIPCION LITERAL.- « TARJA »



# tarja

A veces, al observar la tipografía, el papel o la diagramación de un libro o de una revista, pensamos que podríamos conocer la fecha de edición sin llegar a mirar su pie de imprenta. Y tal vez ésto sea algo más que un mero acertijo, ya que resultan evidentes las épocas editoriales cuando se cotejan el material y los primores de artesanía que emplearon las artes gráficas.

Así es cómo individualizamos, años más o menos, las ediciones del "centenario", las de La Cultura Argentina, las publicaciones del 30 al 45, aproximadamente, y las actuales; y también, claro está, el lugar de impresión: Buenos Aires, el extranjero o nuestro interior.

Sin ningún carácter personal lo decimos, por estar a la vista los elementos que la técnica gráfica va utilizando, más el gusto con que se los maneja, gusto afiligranado por el trabajo y por la incorporación de nuevos "modos", pero que en gran medida debe su plenitud a los materiales empleados.

No obstante este celoso progreso, hoy nos encontramos en una encrucijada editorial, tanto en lo comercial como en lo artístico, componentes ambos de esta actividad (aclaramos que, como homenaje a su vital importancia, al problema cultural que se plantea le dedicaremos los próximos artículos).

El desatino de los costos de impresión, conspira directamente contra cualquier alarde artesanal, y las perspectivas de sus desenfrenos, contra la misma existencia del impreso. Porque si bien es dable, y aparentemente secundario, prescindir de tales alardes (no olvidemos sin embargo, que a la imprenta se la llamó en sus orígenes "arte negro", y posteriormente "artes gráficas", y que la palabra arte aún no ha cambiado de significación) no podemos prescindir del impreso. A lo mejor, mucho más adelante, no nos resulte difícil poder individualizar la gráfica de estos años, pero no precisamente por alguna extraña característica, sino más bien por la ausencia de verdaderas ediciones.

Tal es el fondo, arriesgamos, de una preocupación común: cómo subsistir. Y este planteo, del que no puede dudarse la justeza, nos lleva a pensar en la libertad de publicar como en algo más que la censura o la no censura previa, algo más que la anuencia oficial, puesto que en su raíz existe una esencia económica, capaz, por sí sola, de realizar la selección y evitar el antiquísimo sistema de la discriminación ideológica.

Esto, en relación al hecho de imprimir, sin contemplar las fases posteriores del proceso editorial.

Así son nuestras disyuntivas: si los costos suben de tal manera que a una revista literaria se la deba vender a 30 pesos, ¿justificará esa suma, la existencia de la revista? ¿En una época de "medir el centavo", a quién podrá interesar? Su dificultosa salida ¿alcanzará a cubrir los gastos de imprenta? ¿Podrá seguir correspondiéndonos el elogioso calificativo "de la voluntad casi heroica de los grupos que difunden la cultura a través de un empeño sostenido y ejemplar"? Aunque parezca imposible, el precio de una revista plantea cientos de vitales preguntas vinculadas a la cultura, sin olvidar el aspecto de pequeñez que pueda aparentar una revista literaria en un proceso cultural. Pero aunque nos duela, aunque nos llenemos la boca con próceres y banderas y se nos adivine la palabra civilización como pronunciada en "negrita", la verdad, la más pobre verdad de hoy, Abril del 59, es que, entre otras cosas, para cuarenta puntuales revistas pornográficas o semipornográficas o simplemente nocivas o simplemente anodinas, no existen más de seis revistas literarias publicando poemas que no leen más de mil personas en una población de veinte millones.

De una cosa estamos convencidos: un editorial no agrega ni quita nada a un tema hartamente conocido por instituciones, interesadas y pueblo en general. Con estas palabras no pretendemos cambiar el rumbo señalado a la cultura del país por un complejo engranaje económico. Tampoco deseamos aumentar desaprensivamente el inventario de discursos, declaraciones y reclamos, pero eso sí, queremos dejar sentado, para templar nuestra honestidad, seguros de los muchos que nos escuchan y aprueban, que vemos con desilusión cómo se va paralizándose una faz en el largo hacer cultural de nuestro pueblo.

310 Cuando de aquí a unos años nos toque recordar a éstos, no será precisamente para estimularnos en una cultura cabalmente florecida y resguardada.

En fin, concluimos estas líneas, más apoyadas en la emotividad que en el análisis, más hechas con sentimientos que con estadísticas, no muy ajustadas a nuestra manera de ser. Y si bien no es la forma correcta y segura para pronunciarse ante una situación de firmes raíces económicas, es también una opinión, en cuanto no siempre la aprobación o la discrepancia debían llegar con la fría exposición analítica.

Como corolario de lo expuesto y de nuestros tres años de tarea, muy en claro está la significación de cualquier silencio, si así se conviene en llamar a lo que no hayamos puntualizado.



## Desde la aleta del pez

por León Benarós

*Con una horrible sospecha  
uno mira sus manos. Imagina  
su secreta estructura. Indaga, cauto,  
su origen lateral, y quisiera, temeroso,  
conocer, como en una revelación que mata,  
el origen oculto, la forma  
verdaderamente ancestral  
de ese misterio prensil: las manos inocentes,  
instrumentos del rito,  
del ejercicio, a veces, de escrituras sagradas.  
Entonces, como parientes que rechazamos,  
llegan desde los siglos remotos,  
arriban en cardúmenes de pesadilla,  
peces y peces —ahora fósiles—  
cuya presencia, entre algas gigantescas,  
fué un día eléctrica, verdadera inquietud.  
Y de acuerdo con la execrada ley de la evolución de las especies,  
y contra el orgullo y el texto de la Biblia,  
y a favor de los paleontólogos y los naturalistas  
y todos los otros abatidores del orgullo del hombre,  
líneas remotas se establecen,  
hilos perdidos vuelven a ser restituidos,  
y la Gran Ordenación, la tremenda Correspondencia,  
nos remite al parentesco de ávidos tiburones.  
Y ahora, con más luz, con triste comprobación,  
aceptamos, horrorizados, el melancólico parentesco  
y desviadamente, atreviéndonos apenas,  
contemplamos la mano posada sobre el papel,  
y una ternura infinita,  
una lástima que no quiere gritar,  
nos llena de secretos compadecimientos.  
La mano también calla, como dolido cómplice.*

Los muy estimables escritores que responden al nombre simbólico y colectivo de TARJA, me piden una reseña o evocación de las obras literarias que más decisivamente gravitaron sobre mi etapa de aprendizaje. Me arriesgo a imaginar que de tales noticias intentan extraer, con errónea y generosa buena voluntad, una sugestión o un ejemplo capaz de encauzar sus lecturas y, consecuentemente, sus respectivas tareas individuales, ya pródigas en creaciones que proyectan honra sobre el norte argentino. Poco es en verdad lo que yo puedo arrimarles, pero así fuera Bernard Shaw el interrogado, creo que sus respuestas —en tanto que instrumentos aplicables a fines prácticos e inmediatos— no ejercerían mayor influjo sobre los espíritus en formación. Ninguna preceptiva personal puede resultar útil en este orden de cosas, ya que cada naturaleza artística tiene sus propias apetencias y reclama su íntimo alimento. Todo hombre es la consecuencia móvil y la suma creciente de entrelazados estímulos que ya no podemos desentrañar desde el pasado. Causas inextricables le señalan un rumbo y lo pliegan a un estilo. Y, por cierto, no sólo me refiero al estilo literario, sino también al vital y al social. Es evidente que obran sobre nosotros causas heterogéneas y dispares. Un texto de Joyce leído en determinadas circunstancias y un atardecer contemplado desde Maimará pueden ser parejamente decisivos desde el punto de vista de nuestra manera de concebir y realizar el arte. Ninguna experiencia verdadera es transmisible por vía mecánica, ya que está en su propia esencia el ser vivida por una interioridad espontánea, de suerte que, si bien es pasible de «comunicación», nunca es materia canjeable de recreación. Claro está que el arte, desde un ámbito emocional, intenta ese traspaso y más de una vez lo consuma con acierto. Pero no creo que en el plano impersonal y esquemático de la preceptiva literaria, en que nos hallamos situados, tales experiencias puedan ser compartibles. Las vivencias ajenas —recurso al vocablo que, después de Ortega y Gasset, nuestro siglo prefiere— carecen de todo valor normativo. Esa irreducible y compleja sustancia que es la intimidad de cada uno, impone o debe imponer su propia forma, su expresión impar. De otro modo, el escritor asume apariencias y, por lo tanto, corre el riesgo de perder su rostro y de falsear su destino.

No niego, por cierto, la gravitación de esos elementos externos que toman su origen en el campo social y que definen el hecho estético objetivo. La coyuntura histórica y los rasgos de la comunidad en que nos insertamos ejercen innegable soberanía sobre el artista. No aconsejo la negligencia ni recomiendo al poeta que se libre a las insulares potencias de su emoción. Esa conducta a la vez arrogante y cándida, en la medida en que el arte es convención y bien comunitario, acabaría por empobrecerlo y negarlo a los otros. Ajeno a lo que su siglo produce y a la expectación que debe satisfacer, por tal camino sólo lograría inventar el paraguas. En consecuencia, me limito a subrayar que ese conjunto de experiencias que constituyen una «persona», por la vía puramente discursiva o doctrinaria, es irreproducible. En el mejor de los casos, sería provechoso buscar aquello que de algún modo está en nosotros. Por lo demás, las normas que sugiere el hombre maduro a los integrantes de una generación ulterior, no siempre tienen resonancias felices. Las ad.

miraciones que desvelaron mi juventud se hallaban regidas por circunstancias y convenciones que ya dejaron de ser operantes. Con las debidas excepciones, no creo que mis lecturas del año 20 puedan ser celebradas por ningún joven del año 59. Por obra de los naturales procesos que trae la edad, más bien he rectificado gustos y luchado por enmendar esos antiguos fervores. Sin desconocer su carácter de necesidad, deploro muchas de las viejas lecturas cuya evocación ahora se me solicita.

El espíritu del joven es promiscuo y heterogéneo; adopta las más diversas materias expresivas y se complace en una receptividad que tiene los límites fluidos del cosmos. Otros son los riesgos que pesan sobre el escritor maduro, dueño de su herramienta. Por lo general, dos o tres procedimientos encauzan su tarea, como si el tiempo lo hubiera sometido a formas invariables y reiteradas. TARJA quiere rastrear mis comienzos y me invita a recordar mis primeros estímulos literarios. No es fácil reconstruir ese período, ya que en el orden de la cultura los efectos son más visibles que las causas. Se diría que es vano remontar la corriente de los móviles y los impulsos; quien emprende ese regreso encuentra innumerables personas quietas y misteriosas con las cuales alguna vez —ya nada es firme— acaso estuvo identificado. Por lo demás, son justamente las cosas que tenemos por fundamentales en nuestra vida las que obedecen a causas más inextricables y más oscuras. Pese a estas reservas, intentaré recordarme. Pienso que un incontenible movimiento natural me llevó a escribir versos. No guardo memoria de ningún motivo «exterior» que me haya destinado a las letras. Todavía en la confusión venturosa de la niñez, no quería ser poeta: quería ser «sabio». Admiraba a los hombres que atesoran conocimientos y que esclarecen los enigmas de la naturaleza. De lo dicho puede inferirse que todo es casual en mí, y creo que también en el universo. No recuerdo ninguna circunstancia particular en mis comienzos, pero sospecho que cierta opresiva realidad inmediata, ya en edad de razón, me llevó a buscar defensa en la poesía, que fué también una suerte de destierro voluntario.

Para poner el problema en sus verdaderos términos tendría que mencionar los libros que estimularon y los que embotaron mi imaginación presunta. Durante la adolescencia, leemos sin realizar distingos y sin atenernos a norma crítica alguna. Somos una voracidad sin dirección y todas las posibilidades son nuestras. No olvido que me propuse enfrentar a Darwin, a Spencer y a Taine antes de poseer el elemental vocabulario científico que me hubiera permitido comprenderlos. Pero mi voluntad sin respaldo, allá por los 14 años, hacía de esas lecturas una especie de glorioso deber, una obligación libremente asumida. Poco después encontré deleite en libros por entonces inevitables. Anatole France, Rubén Darío, Maeterlink, Baroja, Mirbeau, ganaron mi admiración disponible y fluida. Promiscuaba ciencias y letras y, de tal modo, Le Dantec, Renán, Ibsen y Schopenhauer me obtenían sucesiva o simultáneamente. También anduvieron por mi espíritu reverencial los criollos o acriollados Roa, Barret, Ingenieros, Almafuerite y Nervo, autores que tal vez no digan mucho a las nuevas generaciones. Fueron estaciones o momentos de una curiosidad versátil y es preciso juzgarlos como valores de situación, con referencia a las ener-

gías creadoras y a las corrientes estéticas de principios de siglo. Ya transpuestos los veinte años, mi fervor se detuvo en Flaubert, Unamuno, Huysmans, Oscar Wilde, B. Shaw y Spengler. A esa edad, en que siempre esperamos la vibración patética, algunos de los escritores citados me parecían demasiado «cerebrales», como se decía por entonces. Con alguna excepción evidente, no los creo obligatorios para el principiante genérico.

Cuando ya ensayaba el verso, el piadoso y tierno Carriego me impuso durante algunos meses su estilo y sus temas. Luego dí con Lugones y con Herrera y Reissig, a quienes rendí tributo mediante el ejercicio de una poesía descriptiva y plástica que parecía enderezada a empañar la posteridad de esos maestros. Atila de bibliotecas, después multipliqué mis fuentes con el dudoso resultado que todos conocen. Eso sí, trataba de sortear lo fácil y sólo encontraba satisfacción y placer en aquello que era consecuencia de una larga busca, de un esfuerzo intenso. Se trata de una dirección instintiva que, para que pudiera depararme algún bien, me propuse llevar al plano de la conciencia. En el ámbito de la creación, y a veces en el de la vida, todo lo que es dádiva entristece y todo enriquecimiento gratuito nos prestigia sin modificarnos en profundidad. En su origen, en su raíz secreta, los frutos que rinde el trabajo y los que cede la inspiración aparecen identificados. El que se siga uno u otro camino es cosa personal, con lo que quiero decir que el escritor obrará con acierto en la medida en que se someta a su intransferible ley interna. El trabajo es inspiración gradual o dirigida, en tanto que la iluminación repentina es premio de una larga faena que, por subterránea, escapa al dominio del espíritu. Personalmente, no me siento próximo a quienes ascienden al Monte Parnaso con la infalible seguridad del sonámbulo. Resulta explicable, pues, que admire la empresa de Valéry, para quien el arte es un lúcido «hacer». Su trabajo se cumple en una órbita de exigencias donde el placer no se distingue del sacrificio. Esta manera de entender el arte supone una total movilización del ser y pretende una suerte de honesta paridad entre el esfuerzo y la recompensa.

Para completar mi registro de estímulos decisivos, diré que el «ultraísmo» o nueva sensibilidad —he aquí el influjo del presente, del espíritu de la época— me impuso algunos de sus modos retóricos. Aunque no exento de cautela y sin caer en dogma alguno, yo deseaba esa interesante infección. Por aquellos años, se tendía a creer que el único atributo de la literatura es la novedad, la disidencia. Es evidente, sin embargo, que la canonización de un valor único más bien la vulnera o disminuye. Con mis congéneres, veía en la metafora la finalidad más alta de todo cometido literario. Pero los problemas y las experiencias formales que me fué dado vivir por entonces y, en especial, los agudos análisis con que Borges encaraba el hecho estético, me permitieron valorar desde una perspectiva más amplia y desde ángulos de visión menos rígidos las obras literarias. A presencia de lo insólito, pude reaccionar con un espíritu ya destituido de pre-conceptos.

No creo que mis lecturas puedan servir a nadie de guía, pero hasta donde el arte es artificio y en la medida en que la literatura es una continuidad bien eslabonada, sustento

que es preciso conocer las ajenas obras. El crítico y el narrador, en cuanto tienden a enjuiciar el mundo y se abstienen de identificarse con la pura emoción, pueden extraer mucho beneficio de las observaciones y conceptos que registran los libros. El poeta, siempre atento a las fábulas que compone su alma en una suerte de imperioso ejercicio privado, sólo vuelve enriquecido de aquellas lecturas que parecen despertarle inmemoriales reminiscencias y que operan con la fuerza de una deslumbrante revelación.

Todo período de aprendizaje, necesariamente jalonado de tanteos y bruscas mudanzas, se parece a un fichero revuelto. Así lo demuestran los nombres que dejo mencionados y que, en mayor o menor grado, despertaron interés en todos los ex-jóvenes de mi generación. Quiero agregar que el inconformismo, ya se trate de los otros o de uno mismo, constituye una buena ayuda. Ejercité esa actitud retráctil en función del poema «Luz de Provincia», al que sometí a un largo proceso de rechazos y variantes, conducta que proyectó penumbra sobre los demás intentos míos. Pese a lo que suele afirmarse, en esa página cuenta menos la comarca que mi gastado tiempo personal. (Nuestra edad exalta la poesía de ambiente lugareño porque sólo se deleita ante lo particular, ante lo que se propone como único). Contra Zenón, quiero señalar que en ese poema el espacio importa menos que el borroso pasado. Soy más sincero ahora, escribiendo para TARJA, que cuando articulé ese poema, forzosamente situado en el reino de la ficción. Claro está que el procedimiento que dejo expuesto presenta serios riesgos. En efecto, acaba por simplificarnos y por mostrar un solo lado de nuestro quehacer. La inercia, la comodidad oral o escrita de quienes reseñan nuestro esfuerzo, hacen lo demás. Soy un destilador casi vacío y no me propongo como ejemplo a los jóvenes. Sin embargo, pienso que estos escrúpulos y cautelas, como también la capacidad de espera que es su condición natural, no son costumbres repudiables. El trabajo empeñoso que multiplica nuestras operaciones internas, es fuente de agrado y no de agobio. La silenciosa batalla es más atrayente que la ulterior conquista, ya que ésta no excluye cierto sentido de provecho y de «soberanía» exterior. La obra literaria, una vez convertida en objeto público, se inserta en un sistema de relaciones, en una corriente ilimitada y variable que en cierto modo la determina. Por lo tanto, debemos mostrarnos atentos a todo cuanto la precede, la modifica y la arrastra. Puesto que la literatura siempre exhibe una faz social, no podemos prescindir del pasado ni del medio histórico que nos tocó en suerte. Si optamos por la abstinencia mental, nos será imposible forjar un estilo. El hombre de ciencia dispone de un lenguaje estable; cada artista debe fundar el suyo. De ahí la utilidad de la lectura que, entre otras cosas, ofrece una posibilidad de confrontación y de análisis. En suma, me aventuro a sostener que la firme voluntad y el ánimo curioso —atributos inseparables de una vasta apetencia indagadora— suelen traernos decorosa recompensa.

# Ramo de días grises

por

Antonio Requeni

*Tienes los pies atados.*

*Unas calles y un río son tu cárcel*

*y un insomne reloj el carcelero*

*cuya misión es controlar tus llantos.*

*Tienes la sangre atada.*

*Los números te asedian.*

*Firmas sinuosas, rúbricas,*

*se abrazan a tus piernas y te arrastran*

*hacia un país con ángeles de hastío*

*en donde el tiempo es una flor oscura*

*y el aire se enrarece de oficinas.*

*(Allí la tinta del dolor, el hábito*

*de impasibles teléfonos,*

*y un almanaque lento, deshojándose...)*

*A veces, en las pausas*

*—como aisladas corolas que se abren*

*en la aridez sin límites del tiempo—*

*alzas tus ojos a las altas nubes*

*que ociosamente yerran,*

*o desvelado de nostalgias sueñas*

*con ciudades y ríos sobre un mapa.*

*Ramo de días grises. Expedientes.*

*Cotidiana marea que te acosa*

*de objetos sin piedad, inapelables*

*¿Eres como ellos? ¿una estéril forma?*

*¿un cigarrillo más que se consume?*

*En tanto lloras. Y tu llanto alberga*

*la imperceptible voz de las criaturas*

*impotentes, oscuras, condenadas.*





## Caída

Primero vió los gozosos ramos que la madre selva mecía en el vano de la entrada; en seguida prestó atención al pecho amarillo de un pájaro que ardió fugazmente entre las hojas. Se sentía descansado aunque sin fuerzas, resacos los labios como por el viento norte. Quiso librarse del peso de la frazada pero le faltó el aliento. Su memoria más reciente lo envolvía en una brumosa imagen de alcohol y latido de "cajas", con caballos en tropel contra la noche ciega, como si el galope rodara en el sueño o en la nada. Después, una tendida violenta, un roce de ala y la caída junto con un largo aturdimiento, como si yaciera en el fondo de un remolino barroso.

Miró el primer rayo de sol que extendía en el suelo su piel naciente. Luego la mirada se le quedó olvidada entre los palos del techo y se sintió vuelto hacia adentro, donde su propio manantial lo empapó de sí mismo. El pensamiento se le iba con facilidad de agua llovida y se dejó arrastrar como un bicho inerte. Así regresó a las pastosas mesadas de Yala y volvió a trajinar en pos de unas escasas ovejas, bajo el cielo que volcaba sobre la tierra su empinado ramaje azul. Allí estaba todavía el rancho paterno junto al parvo maizal —veía las dóciles lanzas en la falda enjuta— tan cerca del ható que, desde su jergón nocturno, sentía el hedor y los espasmos de los chivos. Y volvió a herirlo la mordedura del hambre —apenas distraída por la fiel mazamorra y un po-

co de leche— y el sobresalto de corzuela desvalida con que apareció, un día, indeciso y ávido, al final de un largo corredor de alisos, en la sobria escuelita rural.

El zumbido de un guancoiro disipó las estampas de la niñez. Le dió miedo el sosiego del contorno y el corazón comenzó a golpearle en los oídos. Se cubrió de sudor. Cerró los ojos y se sumió, de nuevo, en recónditas vertientes. Se vió en los tabacales recogiendo, con el alba, las hojas viscosas de rocío. Luego la tierra que acezaba bajo el sol pujante, como una bestia perseguida, en tanto el pecho se le cerraba de vahos resinosos. Escuchó, otra vez, el rumor de las mujeres y los niños sujetando hojas y más hojas en las cañas, hasta ahogar el día. Volvió a la somnolienta vigilia de las estufas de secado, en noches de grillos y tucos, a las “calchas” crujientes y a las lonas repletas de gavillas doradas. Al final, una cuenta magra y el camino.

Julia. La amó una noche cualquiera sobre fardos de tabaco. Desde entonces fué su mujer y compartieron la necesidad y la faena. Se sentía a gusto junto a su apego silencioso como si lo lamiera la amistad del fuego que hierve el maíz cotidiano. Le parecía que en élla la vida, por fin, le entregaba un poco de secreta dulzura. Un día lo atrajo el monte y se quedó en los obrajes, entre los árboles añosos de barbas y de flores. Se hizo a la dura destreza del hacha, a la callada camaradería de los campamentos y a las deudas sin fin con patronos y contratistas. Y anduvo bebido las tardes del sábado hasta caer enajenado en el polvo de los callejones.

Se fijó en el rumor de agua descalza que le llegaba desde la acequia. El caudal humilde se le hizo íntimo y lo suavizó por dentro, con ternura de lengua musgosa. Un quehacer de gentes lo despertó. Vió la habitación como desvaída en una niebla inmóvil. Creyó reconocer a Julia y a la curandera. Después se fué colmando de ausencia y el pensamiento se le deshizo en un sopor umbrío. Se le aquietó la vista en una distancia inexistente.

Nadie notó que el tiempo lo había abandonado como esos despojos que los ríos arrojan lejos de su fuga indiferente.



## Cosechero correntino

**Cosechero correntino  
de mis campos chaqueños:**

Yo podría,  
al pintar tu buen esfuerzo,  
decir a la manera llorona  
de otros tiempos y otros versos:  
«No serán para tus días de descanso  
las felpudas colchas albas  
—capullo, fibra, tela—  
en que han parado  
tus amores en los predios»...

Sería fácil, oportuno y de buen tono  
en el hablar de barricadas,  
pero en canto —este canto—  
optimista y hacia lo alto,  
no eres sólo personaje de dolores.

Por encima y por debajo  
de mosquitos y jejenes,  
soles fuertes,  
abrojales y cadillos,  
de sudores y tormentos,  
está el grito en la garganta  
de tus bailes cosecheros;  
el rumor de las bailantas  
bordoneadas de guitarras,  
incendiadas de acordeones  
y alambradas por cien garzos ojos gringos,

fogonazos de revólver  
o brillar de marca «Gallo»  
al claror de «Sol de Noche»,  
en fugaces rebrillares de los odios  
—mientras tanto  
los gendarmes van rastreando el monte solo  
en procura de los prófugos—

Yo podría al evocar esas jornadas,  
recordar hacinamientos  
en camiones y vagones,  
dormitar en estaciones y fondines  
y rogar «boleto e'perro»  
a sargentos alquilones.  
Sí, podría,  
pero el canto, —este canto—  
rima al ritmo de los vientos  
los compases de valseados, chamameses y polqueados,  
serpentear de mbaracases  
en las noches chaqueñeras-correntinas de los sábados.

Y podría,  
al ver tu rumbo  
—champion nuevo, polca en labio—  
en los fines de semanas hacia el pueblo,  
detenerme en los tenduchos  
y ver tus pesos,  
arrugados pero buenos,  
convertidos en pañuelos colorinches  
al final de regateo, regateo y regateo...  
Podría todo eso ser motivo de mi canto;  
pero el canto —este canto optimista y hacia lo alto—  
dice toda la alegría de las noches estrelladas  
en mis campos chaqueñeros,  
cuando el fuerte vino rojo y tus ansias animales  
pone audacia en el requiebro  
y «sapukai» en las gargantas: Piiiiiiipiuuuuuuuuu!...  
—por allá, a las nueve lunas,  
ojos claros, ojos zarcos,  
vendrá el hijo de la chacra...—

Yo diría  
esto y lo otro,  
pero tú eres, cosechero correntino —nada más y nada menos—  
lo que digo:  
vida y ansia,  
canto y llanto,  
mbaracases, algodones,  
acordeonas y sudores,  
el afán que basamenta  
Resistencias y Sáenz Peñas,  
mis ciudades chaqueñeras  
de alegrías y dolores!

Adolfo Cristaldo

Resistencia

*Desiderio Cortacaña*  
*ya no vuelvas al ingenio,*  
*que la zafra poco a poco*  
*el pulmón te fué moliendo.*

*Quédate allá en Abra Pampa*  
*con tu quena y tu recuerdo.*  
*Clava en la tapia el machete*  
*herrumbrado en el esfuerzo*  
*y cuéntame tus hazañas*  
*—si puedes—en el invierno.*

*La dulzura del azúcar*  
*deschaló todos tus sueños,*  
*aquel hogar, tu camisa,*  
*y tu mano de alfarero.*

*Desiderio Cortacaña*  
*diseño fuerte allá lejos,*  
*hoy eres solo un afiche*  
*desdibujado en el tiempo.*  
*Si te han tragado de a poco*  
*comprando como un objeto*  
*tu salud desde la tienda*  
*obscura de los negreros.*

*Desiderio Cortacaña*  
*tu sombra por el ingenio*  
*no ha de ser un "familiar"*  
*sinó un machete entre sueños.*

# Desiderio Cortacaña

---





# Plática

Palabra: del latín «parabola».

Parábola: narración de un suceso fingido, del que se deduce, por comparación o semejanza, una verdad importante o una enseñanza moral.

De acuerdo a ello, la palabra sería algo así como la trayectoria entre nosotros y las cosas.

Para comunicar los conceptos o ideas que permanecen dentro de cada uno, ocultos a los demás, empleamos diversos medios de expresión. Algunos, naturales como ciertos gestos no sólo del rostro, sino de todo el cuerpo; otros, convencionales como la mayor parte de las palabras.

Resulta innecesario señalar las ventajas de este último medio expresivo, frente a los demás. La palabra nos permite poner de relieve matices que escapan a otros recursos. A la vez, la aproximación, reunión o asociación de vocablos, puede dar nacimiento a imágenes o metáforas, que amplían ilimitadamente las posibilidades del escritor.

La etapa gestual, debe haber sido anterior a la de la palabra. Sin desconocer que aún hoy completamos (y por excepción suprimos), deficiencias del lenguaje mediante la mímica. Alfonso Reyes en «La Experiencia Literaria», reconstruye imaginariamente el proceso: el hombre mudo, anterior al lenguaje, se habría comunicado con sus semejantes mediante cierta radiación que iba de una mente a otra. Algo similar a lo que Alberto Hidalgo llama «la palabra interior», respecto de la cual la exterior no sería sino repetición y eco. Luego, nacieron los gestos. Después la voz, que pasó gradualmente del grito al sonido articulado; aquí alcanzamos ya la etapa del lenguaje.

La palabra es entonces resultado del esfuerzo consciente y progresivo de muchas generaciones. El proceso de creación y selección de ellas, es continuo; aún hoy buscamos palabras o grupos de palabras, adecuadas al objeto o idea. En esta empresa, es significativo el aporte popular, anónimo; Academias y lingüistas vienen admitiendo aunque sea a regañadientes, la incorporación de términos al diccionario, cuando tienen ya un largo uso.

Es destacable la atención que el simbolismo prestó a la palabra, tratando de hacer de ella un elemento de pura sugestión, empleándola como representación o como sonido. En el primer caso, la sugestión se logra:

—por asociaciones subconcientes. Por ejemplo cuando el color de ciertas flores recuerda su perfume. Al encontrar igual color en otra cosa, puede atribuírsele el mismo perfume.

—por equivalentes emocionales. Los sentidos están en relación recíproca permanente. Ciertos datos visuales se transforman en impresiones auditivas; algunos sonidos evocan formas o colores.

Aparte de las experiencias científicas (reflejos condicionados), recordamos los intentos de explicar o expresar tales estados que realizaron, Baudelaire en su poema «Correspondences» y Rimbaud en su «Soneto de las Vocales».

En el segundo caso, la palabra como sonido puede sugerir con prescindencia de la idea que contiene. Y aquí nos encontramos ya con las búsquedas de Mallarmé, para lograr «la belleza orquestal del pensamiento».

Se hace imposible prescindir del nombre de Vicente Huidobro, como el poeta más destacado que desarrolló entre nosotros (tanto en el terreno teórico como en el de la creación), esos propósitos. Y el resultado de sus lúcidos esfuerzos, influye en la obra de conocidos poetas franceses, españoles y americanos.

Otros escritores, notando las limitaciones de su idioma, emplean varios a la vez como James Joyce. O palabras arbitrarias, como Maiakowsky cuando dice:

«No debilitarán  
la millonofuerte voluntad...»

O el ya citado Huidobro cuando al hacer variaciones sobre «golondrina», obtiene entre otras, «la golonfina, la golontrina, la golonrma, la golonrma, la golonrma, la golongira, la golonniña», etc.

Esta exposición (sumaria por cierto y que incita a más largas y profundas disquisiciones), sirve para poner de manifiesto uno de los tantos problemas que se presentan al escritor. El elemento por medio del cual debe expresar o expresarse, es la palabra y su primera obligación es lograr la autenticidad verbal, aunque sin perder de vista que la finalidad es comunicar algo a alguien y que las palabras tienen ya un «valor de uso» que no puede modificar arbitrariamente. La pérdida del justo equilibrio, puede tornar su obra, indecifrible para los lectores.

El escritor debe ser algo más que un cazador de novedades; su dominio de los elementos técnicos (la palabra entre ellos), si bien necesario, ha de estar al servicio de más amplios objetivos y no alcanzar entidad suficiente como para que altere lo que se propuso expresar.

Andrés Fidalgo



# El párroco

*Este párroco parra parrandero  
parroquia tuvo y se emperró en perderla.  
Vivió con tierno desamor al clero,  
con mandolín y fija de carrera.*

*Originariamente fué de estaño su corazón,  
de estaño su memoria y su moneda.  
Siguió siendo de estaño tras la muerte,  
del pelo hasta la suela.*

*Era el chiste, la copa, la cantina,  
el vituperio y la incongruencia.  
Se afirmaba en esquinas con buzones  
o en reos con quinielas.  
Reenvidaba en las tardes color gofio,  
hablaba el sefardí, era un deveras  
llevando por las calles de su almagro  
el cielo hasta en la suela.*

*Cuando murió quedaron los gorriones  
campaneando la torre de la iglesia,  
bostezaron de adiós las damajuanas  
y enflaquecieron las minestras.*

*Así es la historia, el tiempo, los recuerdos  
doblados en la mesa  
de este párroco parra parrandero  
del pelo hasta la suela.*

Juan Alfonso Carrizo

XIII — A la tarde cuando el sol se pierde tras de las sierras, regresan los pastores con su ganado, con una carguita de ramas secas de tola, y con su caito de hilo trabajado durante el pastoreo. Ellos no usan cayado como los pastores de Asia o Europa. Regresan silenciosos a enchiquear su majada. A veces traen a la espalda algún corderito enfermo o el cachorro de perro que llevaron para amañarlo con las ovejas.

Cuando la hacienda entra a los chiqueros o corrales las llamas se echan al suelo y empiezan a rumiar, y los corderitos se acomodan al lado de las ovejas para pasar la noche.

La cocina empieza a humear y a la lumbre de las tolas que arden entre las conchanas se vé el rostro, imperturbable, de piedra, de los paisanos. Calientan el tulpo y comen en silencio, el cansancio y la hora los hace más taciturnos.

La naturaleza toda parece en aquella hora sumirse en un mutismo de tumba, porque no se oye ni un canto ni una nota y ni siquiera un ruido. La rarefacción del aire hace imperceptible el susurro del agua de los arroyos los cuales, por lo común, corren bajo de una capa de hielo y no hay un ave que vuele a su nido, los puco-pucos se han acurrado ya, entre las tolas para dormir.

El puneño alza sus calchas, extiende un cuero en el piso del cuarto, se tapa con ponchos y jergones y duerme.

Salen las estrellas y la luna, pero hasta la luz es mezuquina en las punas y así como el sol no quema de día tampoco la luna y las estrellas brillan con fulgor.

XIV — Lo expuesto en los párrafos anteriores es más o menos el reflejo de la vida diaria del pastor puneño. Pasa su existencia en un mismo trajín y con una sola preocupa.

ción; su ganado, sus ovejas. El debe pagar el arriendo del campo que ocupa, una parte para San Juan y la otra para Navidad. Feliz el pastor de la Puna de Atacama que puede decir:

Para mí todo es lo mismo,  
San Juan como Navidad;  
Porque en la tierra en que vivo  
El suelo es comunidad.

Allá el suelo es de la Nación, es propiedad fiscal, el Estado presta el campo a los pastores, pero en Jujuy y en la Puna salteña, el pastor debe pagar y a veces el rendimiento es escaso, la parición no ha sido buena o hubo poco pasto y murió el ganado, pero el patrón inexorable, exige y arremete contra la propiedad del pastor, le quita los animales y lo echa del arriendo. Por eso se preocupa para que las ovejas no mueran y tengan mucha lana y engorden porque con el producido de los vellones y de las chalonas, él puede sacar el importe del arriendo y un poco de ganancia. Con este fin sólo come las ovejas que mueren despeñadas o las muy viejas que ni paren ni engordan. Proponerle comprar una oveja por chica que ella sea, es algo así como una ofensa, no accederá, pondrá mil inconvenientes y no la venderá.

Cuando llega el día de la señalada que es la yerra en la Puna, el patrón dueño del campo está presente para hacer el recuento, si no es él es su representante, tanto o más exigente que el amo porque no puede ni siquiera hacer una concesión ni atender las súplicas.

El pago del arriendo es el problema de los puneños. Ellos alegan que les pertenece el dominio útil del campo que ocupan pero argumentan en vano porque ningún gobierno les reconoce el derecho y tampoco ellos podrían hacerlo porque el suelo de la Puna es de propiedad privada. Habría que comprarles sus derechos previamente a los terratenientes para después vendérselos a los puneños. Algunos caudillos políticos han halagado los oídos de estos pastores con promesas de expropiación pero tales palabras no pasan de ser sino simples propagandas electorales. Quera, frente a Puma-huasi, fué el altar donde los puneños, en 1874, sacrificaron su sangre en holocausto a ese ideal. La Hecatombe de Quera (1), como se llama comúnmente a ese hecho de armas, fué quizás el único levantamiento armado hecho por ellos con este fin, pero aunque cayeron vencidos no han renunciado a sus gestiones y por eso cualquier promesa los alegra. Boman consiguió muchos datos sobre el folklore de la Puna ofreciéndose para secundarlos en sus diligencias y yo mismo alguna vez, he apelado a este recurso a fin de que refirieran las coplas.

La sujeción de los puneños a los terratenientes raya en lo inhumano. Ya hemos visto que durante la era colonial los dueños de encomiendas no se avinieron a vivir en estos desiertos, igual cosa pasó cuando se declaró independiente de España la República Argentina; los dueños de estas tierras tampoco quisieron habitarlas porque ninguno se animó a

sufrir las intemperies que padecen los hijos de las punas, nadie quiere exponer su vida y sus capitales porque sabe que el Altiplano es estéril y hóstil, pero eso sí, ninguno renuncia a sacarles a estos pobres pastores el amargo fruto de sus trabajos. Yo he visto a estos pastores arroñillarse y llorar suplicando la disminución del importe de sus arriendos pero fueron lágrimas caídas en la arena porque el amo repuso, pagarás o te irás, y ¿adónde irá el hijo del desierto? ¿a buscar otro amo y otra vega más pobre?

La ley que abolió el tributo personal en los cuatro departamentos de la Puna y que debía entrar en vigencia en Enero de 1852 fué sancionada el 14 de Febrero de 1851. Por decreto del gobernador José Quintana, el 16 de Noviembre de 1850, se prohibió el cobro de diezmos de lana y queso en el territorio de la Puna. La contribución directa se abolió en 1851, pero la ley que ha de contribuir a hacer menos penosas las cargas de los arriendos espera aún su sanción.

(1) «Quera; es un lugarejo situado al poniente de «El Puesto del Marqués», ubicado en el distrito de Mocaraité, allí en ese páramo montañoso y alto tuvo lugar el encuentro de las tropas del Gobernador de Jujuy, Don José María Alvarez Prado, con las de Don Laureano Saravia, el 4 de Enero de 1875.

Con el objeto de ganar prestigio entre los pobladores de los departamentos de La Puna, promovió don Laureano Saravia, un movimiento en favor de la entrega de las tierras a los paisanos pastores que la habitan.

Los puneños querían librarse de la sujeción de los dueños de tierras para eludir el pago de los arriendos de los campos donde alimentan sus ovejas. llamas y burros, únicos animales domésticos adaptables a esas alturas.

Ellos se consideraban aún con derecho a la tierra porque en el régimen colonial tuvieron su dominio útil y una ley provincial, de 1835, contiene una formal promesa de los poderes públicos de solucionar esa situación.

El movimiento encabezado por Saravia tomó en seguida mucho incremento. El 4 de Diciembre de 1874, tuvo lugar el primer combate con las tropas del gobierno. Los puneños se atrincheraron en Cochinoqa, y resistieron valientemente a los atacantes. El gobernador Alvarez Prado organizó entonces una expedición en forma y con la ayuda de fuerzas de Salta ocupó La Puna hasta vencer a Saravia en «Quera».

Capítulo primero (La Puna); Título VI; partes XIII y XIV; páginas XLV y XLVI y página 185, llamada 26 del Cancionero Popular de Jujuy, recogido y anotado por Juan Alfonso Carrizo. Edición de la Universidad Nacional de Tucumán. Miguel Violeto, impresor. Tucumán 1934.



## Los signos de tu frente

*Perdóname, Señor, si mal herido  
por el rosal, el pájaro y la fuente,  
en este caminar hacia el poniente,  
dejo tu Cruz y sigo mi latido.*

*Vi tu imagen en todo y hasta he sido  
de tu unidad azul, azul creyente;  
más al volver mi rostro hacia la fuente  
me di con otro Cristo carcomido.*

*Perdóname, Señor, si es que te pido  
el goce de mi propio continente  
y de las propias plumas de mi nido,*

*donde el rosal, el pájaro y la fuente  
tengan el claro signo de tu frente  
y se ilumine el pecho, arrepentido.*

Domingo Zerpa



## Publicaciones

«BIOGRAFÍAS HISTÓRICAS DE JUJUY» por el Dr. Teófilo Sánchez de Bustamante. Edición de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán - 1957.

Después de 80 años de carencia (la «Historia Civil de Jujuy» del Dr. Joaquín Carrillo se editó en 1877), se publica en nuestra medio una obra histórica seria, orgánica y documentada sobre Jujuy, escrita por un jujeño. Este primer galardón comienza a encumbrar el trabajo de nuestro comprovinciano Dr. Teófilo Sánchez de Bustamante. En efecto, con «Biografías Históricas de Jujuy», su autor llena, en ese sentido, el inmenso claro que existía en los estudios históricos de nuestra provincia, ya que la valiosísima labor realizaba en los últimos años corresponde casi exclusivamente al historiador catamarqueño Monseñor Miguel Angel Vergara y al Dr. Ricardo Rojas, quedando tan solo algunos otros trabajos de autores locales reducidos a pequeñas monografías o aspectos fragmentarios de nuestro pasado político-militar.

«Biografías Históricas de Jujuy» es el fruto de largos años de investigación y estudio. Es el resultado de fatigosas jornadas sobre archivos y viejos papeles. Es el largo desentrañar de crónicas, expedientes, documentos, cartas y testamentos, fechas y figuras de jujeños ilustres en la guerra y la política lugareña. Todo este afán supone, por sobre la natural vocación por la investigación histórica con que debe contar el autor, además de notable erudición y ponderable cultura, un hondo amor por la tierra suya y de sus mayores. Sólo quien ama profundamente a su provincia, creyendo fervorosamente en su porvenir y admirando su pasado, es capaz de entregar una obra llena así de noble amor por el terruño.

A lo largo de casi 400 páginas desfilan numerosos personajes jujeños, dignos y llenos de nobleza en los protagónicos papeles que les cupo desempeñar. Están allí, desde las señeras figuras de la civilidad como los Gorriti, Sánchez de

Bustamante, Zegada, Portal; las casi legendarias de la temeridad y la guerra de los Alvarez Prado, Arias, Santibañez, Rojas; las austeras y serenas de los cabildantes y gobernadores, hasta el pasar increíble de centenares de soldados y civiles de la historia jujeña.

El enfoque de los distintos biografiados ha sido hecho en forma directa y objetiva, con mesurado tono de conciliación. El Dr. Sánchez de Bustamante no enjuicia ni exalta a casi ningún hombre: los muestra simplemente como fueron y como actuaron. Su espíritu de rigor cientifista no está hecho para las definiciones contundentes ni para los juicios lapidarios. Coloca unos tras otros fechas, datos, actos y acciones de cada uno dejándolos actuar por sí solos en la dimensión de sus propios procederes. Y la historia de Jujuy va pasando así, llena de fuerte color local como evidencia palpable del profundo conocimiento que el autor posee del ambiente y sociedad que examina.

Una atinada división de la obra en capítulos que van desde la Colonia, pasando por la Revolución, Independencia, Epoca Federal y Organización Nacional, hasta llegar a la primera década del presente siglo y un Índice de Biografías, hace más fácil y rápida la búsqueda de los nombres, como adivinando el autor que su obra, desde ya, será siempre una fuente imprescindible de consulta para todos aquellos que quieran, llenos de jujeñidad, conocer el pasado histórico de su tierra y la vida de muchos jujeños hasta hoy completamente desconocidos.

El Dr. Teófilo Sánchez de Bustamante ha cumplido noble y brillantemente con Jujuy. También ha logrado el alto propósito de su dedicatoria: «Al soldado jujeño desconocido de la Independencia Argentina», mostrándonos el magnífico e imponderable aporte de Jujuy (deshecha por los sacrificios y vibrante de épico heroísmo), hecho a la causa común de la Patria.

Los jujeños le estamos por todo ello alborozadamente reconocidos. — Miguel Angel Pereira.

### «ESTO SABEMOS» - por Ismael Viñas.

Se trata de un libro de poemas, cuyo autor formó parte del grupo «Contorno», que editó la revista homónima, suplementos y libros, desarrollando además una intensa actividad esclarecedora de temas políticos, económicos y culturales.

La obra deja entrever la amplia y profunda cultura de Viñas, sin que la emoción o el lirismo, queden sofocados bajo la carga libresca. Por allí andan Whitman, Neruda, Huidobro, tal vez Eliot; y entre los nuestros, González Tuñón y Olivari. Aunque sin marcar ninguno de ellos su impronta, como para considerarlo maestro exclusivo. El autor maneja, por otra parte, un vocabulario amplio, además de formas personalísimas de expresión, que lo diferencian de aquellos. Queda así planteada la posibilidad de un poeta conocedor de su «oficio» inmerso en el mundo real que lo circunda, de cuyos problemas está al tanto y que se interesa por el hombre de su tiempo y país.

Una rápida revista a los más importantes poemas, servirán para confrontar nuestras apreciaciones.

El primero que da título al libro, es una verdadera avanza- lancha de elementos. La ciudad confusa y contradictoria, tal como la hemos visto los hombres del interior en nuestras azoradas trayectorias por Buenos Aires, circula en visión rapi- pidísima. No se trata tampoco de un mero «registro» o «enu- meración», sino que hay una mano ordenadora seleccionando lo representativo, lo cargado de sugerencias. Los últimos versos, desbordan en franco tono de amor, de insobornable esperanza. Ante las miserias de la gran ciudad, ante la hu- millación y el sufrimiento, el poeta sostiene su derecho a concluir que «...el mundo, el ancho mundo, es nuestro».

El poema II. aborda un tema inevitable para los porteños: el drama del inmigrante. La melancolía nostálgica del hom- bre vapuleado en un medio extraño, que generalmente lo explota como mercancía, al tiempo que ignora sus sen- timientos.

«La Cúpula», introduce en cierto modo una variante for- mal: el autor utiliza algo así como un lenguaje telegráfico; sugiere, sin desarrollar. Se trata de un canto al nacimiento de la solidaridad.

«La Historia», se inicia con un romance por acápite, que suponemos de Viñas ya que no trae cita; pero que podría ser firmado sin mengua, por Antonio Machado. Sólo su final:

«Detrás del ojo que fué  
está la sombra en cuclillas.  
En acordarme quien soy  
la memoria me lastima».

Dentro del título «La Historia», el poema IV. es canto libre y espontáneo. Traduce la alegría del ciudadano en su reen- cuentro con la naturaleza. Los elementos nombrados, estable- cen la presencia del campo, de la tierra-hembra fecunda: sur- cos, rastrojo, alfalfa, avena, calandria, tacuara, trébol, par- vas. Y bajo el sol «que palpa los terrones con su lengua», el canto, naciendo como un brote más.

El V., intenta lo que ya pretendieron muchos: aprehender lo esencial, lo característico del país. Opinamos que ninguno logró hasta hoy ese propósito. La Argentina alberga dentro de sí, varios países distintos y cada poeta no da sino parcia- lidades de ella (clases, tipos, zonas, ciudades, barrios). Vi- ñas fracasa también gloriosamente, porque sin alcanzar el objetivo, arrima su voz al coro que armará el gran poema nacional.

Cierra el libro la visión impresionista del pueblo de la lla- nura. Pero no pueblos teóricos al gusto de falsos folkloristas, sino aquellos de hoy, donde vemos

«...muchachos con medias de nailon,  
sabedoras de Sinatra y de siestas,  
y los paisanos embolichados  
bailando solos en domingos de ginebras»

Pueblos con soles polvorientos y largas, calientes noches de retretas. Pueblos como barcas en la luz del alba.

Por momentos hay referencias imprecisas, lenguaje de sím- bolos, «poesía oscura» en otras palabras; y por momentos, el verso directo, la palabra impúdica sin figuras ni aderezos.

Pensamos que hay algún defecto de detalle, pero lo atri- buímos no a desconocimiento, sino al afán, a la urgencia por decir.

Por lo demás, a través del libro pasa todo un mundo, del que lamentamos se desarrolle en tan breves páginas. Que-

da el anhelo de que el autor continúe su obra, al entrever todo lo que aún puede expresar. Lo sabemos urgió por otras actividades, que servirán para enriquecerlo, para cargarlo de vivencias. El poeta de hoy no es ya ese hombre un poco raro, tal vez algo irresponsable,

«...que entreabre ligeramente los labios e inspirándose, enseguida, canta».

«Esto Sabemos» aborda un temario que debe tratarse. Vifias conoce y maneja adecuadamente los elementos técnicos de la poesía contemporánea. Aunque no podamos decir que se trata de obra terminada, afirmamos que se insinúa en ella, un verdadero poeta — Andrés Bidalgo.

**NARRADORES ARGENTINOS CONTEMPORÁNEOS — Colección narradores — Buenos Aires - 1959 — Editorial Sapientia.**

La vida agitada, caótica, desordenada, a que nos condena el siglo XX, se traduce en literatura por dos modos estilísticos fundamentales de captar la realidad; uno es aquel en que se intenta aprehender, en forma total y casi monstruosa, ese ritmo vital, (como representante más significativo podemos recordar el «Ulises» de Joyce) y el otro es el que halla su cauce natural en el fragmentarismo de cuentos que pretenden esbozar un momento de esa realidad proteica.

Dentro de este segundo estilo puede ubicarse este libro, que incluye cuentos de Leónidas Barletta, Andrés Cinguarana, Luis Pico Estrada, Gerardo Pisarello y Andrés Rivera: cinco nombres, cinco estilos, una sola visión amarga y realista de la vida cotidiana.

Abren el volumen tres brochazos de Barletta, que giran alrededor de la figura un tanto asainetada del zapatero Artidoro; el clima obsesivo y piadosamente grotesco que logra el narrador es uno de sus principales aciertos.

No tenemos la pretensión de «descubrir» a Barletta; sólo diremos que en esta serie reconocemos esa exaltación de los llamados pequeños valores de todos los días que constituye el universo literario de este autor: de los cinco narradores, es el más sincero y coherente en su estilo.

Andrés Cinguarana, en cambio, se mueve en forma difusa, sin ajustar bien los resortes esenciales de una estructura mínima del cuento; sus relatos, tan pronto mantienen una línea morosamente erótica (Mirka) junto a vestigios románticos un tanto trasnochados (Una tarde amarilla de octubre) y francamente melodramáticos (Tony), como incursiona en terrenos faulknerianos (Un hombre) o nos traslada a un terreno demasiado influido por Quiroga en «Historia».

Luis Pico Estrada es el caso más original; su mundo es el mundo de los «jóvenes iracundos», de los abúlicos, de los fracasados sin haber tentado absolutamente nada.

Es el más joven del grupo y ello podría explicar una aparente superficialidad de estilo, que se acomoda con el tema de los relatos; hay un nexo visible en estas historias narradas un poco al desgaire: es la fría y corrosiva ironía con que el creador contempla a sus personajes, los transforma en arquetipos y los vacía a fuerza de intelectualizarlos.

En su universo todos los valores, o se han trastocado o han perdido vigencia por algo la actitud favorita de sus muñe-

cos es el encogimiento de hombros y esa angustia existencial que no pueden disimular.

Pero esa misma actitud, deliberada, hace que en sus relatos no se advierta la más mínima emoción; todo es frío, aséptico, calculado; en una palabra, a esos cuentos les falta sangre y oficio para poder llegar a realizarse plenamente.

Pasamos en seguida a un paisaje costumbrista, el que nos brinda Gerardo Pisarello, que en el campo mesopotámico nos trasmite una impresión de derrota y mediocridad.

De sus tres cuentos, el más ambicioso (aunque no el más logrado) es el titulado «En el puente», en donde intenta coordinar un paisaje desolado con la desolación de los seres infrahumanos que por él transitan.

Sin embargo, el más fresco de sus cuentos es «Lobito», quizás el de menos pretensiones de todo el libro; en él, Pisarello nos narra fluidamente la historia simple de una carcería, y mezcla hábilmente sus recuerdos de infancia.

Por último, Andrés Rivera.

Este autor pretende, en tres de sus cuatro relatos, reflejar sociológicamente una época muy reciente de nuestro acontecer; el peronismo, a través de una sucesión aproximadamente cronológica (La marea, El apóstol, Vocación).

Sin embargo, hay algo que suena a falso en esos relatos: son evidentemente cuentos hechos a la medida de una intención, en los que Rivera no intenta desentrañar el espíritu de ese período sino que usa de elementos externos, como si el peronismo hubiera sido creado ex profeso para que «este» autor escribiera «estos» cuentos.

El cuarto relato, «El cazador de pájaros», se mueve en un clima semejante al de «En el puente» de Pisarello y tiene defectos análogos. — **Patricio Esteve.**

#### «MEXICO INSURGENTE» por John Reed.

Este libro, que registra episodios ocurridos en la Revolución de 1910, fué editado en inglés en 1914. Traducido y publicado en México recién en 1954, llega ahora a nosotros en la versión que diera Díaz Ramírez, a la cual se agrega un cálido prólogo de Alfredo Varela.

¿Cuáles son las razones por las que una obra de tanto interés, en especial para latinoamérica, pudo permanecer silenciada durante cuarenta años? En primer término, la naturaleza de los sucesos narrados; luego, la personalidad y trayectoria del autor.

Desde 1884 ejercía el poder en forma despótica y violenta el General Porfirio Díaz. Grupos liberales, aglutinados por Francisco Madero, se propusieron como primer objetivo, el derrocamiento del dictador. Las luchas iniciadas en 1910 hicieron aflorar aspiraciones y fuerzas populares que, dirigidas por Emiliano Zapata y «Pancho» Villa, rebalsaron pronto los propósitos del maderismo. La revolución sigue luego un largo proceso de altibajos, hasta orientarse definitivamente con Obregón, Calles y Cárdenas. Sus más significativos resultados, la organización institucional del país, la reforma agraria y la verdadera (no declamatoria), nacionalización del petróleo.

En cuanto a John Reed, fué considerado el más brillante

corresponsal de guerra de su tiempo. Enviado por su diario, registra los comienzos de la revolución mejicana, cuando sólo tiene 23 años y les da forma de libro a los 27. Antes de adoptar una clara militancia política, recibió en Harvard todos los honores literarios juveniles que era posible conferir; luego, fué expulsado de su país.

En 1917 presencia la Revolución Soviética y de allí resulta su «Diez Días que Conmovieron al Mundo», relato en el que (son sus propias palabras), se esfuerza por contemplar el espectáculo con los ojos de un repórter concienzudo, apogado a decir la verdad.

«México Insurgente» es un relato periodístico que no arregla los sucesos ni la calidad de los participantes: los registra con sus fallas, contradicciones y debilidades. Y no se suponga, por lo que decimos de «forma periodística», que ella sea descuidada. Por el contrario: la descripción de lugares, tipos y acciones es vivísima, a menudo prolija y cargada de agudas observaciones. Algunas páginas (22, 26, 34, 42 entre otras), son dignas de antologías.

Como en los «Diez Días...», los acontecimientos se suceden en un verdadero pandemonium que disimula o desdibuja la grandeza de los asuntos en juego; confusión de la que sólo parecían comprender lo esencial, unos pocos. Pero es fácil advertir desde un principio, que la Revolución seguirá adelante pese a todo, mantenida por el fervor popular y por la certeza de que la causa es justa.

Esos lentos trenes abigarrados, donde ocurren cosas en apariencia inverosímiles, con «compadres» y «comadres» que tan pronto se injurian como se besan llorando, circulan por el N.O. argentino, apenas modificados y con la sola falta de tiros...

El propio autor, haciéndose eco del apodo puesto por los guerrilleros, titula un capítulo «La Huída del Mister». Este «mister» cordial, compartió solidario, fugas, bailes, jineteadas y triunfos. Y todo lo retuvo y transmitió en una colorida descripción que puede considerarse el antecedente de los grandes murales en que, años después, fijarían la Revolución pintores como Rivera, Orozco y Siqueiros.

Lo que se mueve, no es un ejército, sino una multitud harapienta, con hambre y a menudo sin armas, compuesta de peones, mujeres y animales que se desplaza con total desprecio por normas elementales de guerra. Pero que va aprendiendo entre derrotas, los rudimentos de la lucha, en marcha inexorable hacia la victoria. Como los norteamericanos frente a los ingleses; como los sudamericanos frente a los españoles; como Fidel Castro en nuestros días, se registra aquí el triunfo de un pueblo decidido, sobre el ejército profesional.

La legendaria figura de «Pancho» Villa, se agranda en un retrato fiel y cariñoso, con el que se destruyen muchas patrañas. La actividad legislativa, financiera, judicial y educativa de este ex-peón semianalfabeto, resulta sorprendente; lo mismo que sus opiniones y decretos mientras desempeñaba el gobierno de Chihuahua (entonces con más de 300.000 habitantes). Soldado vencedor, opina que ellos deben trabajar porque «un soldado ocioso siempre está pensando en la guerra». Y pone sus tropas a la tarea en la planta eléctrica, tranvías, teléfonos, matadero... o como policía civil en las calles. Soldado que se embriaga, es fusilado.

Heredera de una tradición que inició «Claridad» y que comparten «Futuro», «Siglo XX», «Lautaro» y otras, la Editorial «Platina» viene aplicando sus recursos y capacidad, a la difusión de obras que merecen ser conocidas. Sucesos y autor de características como las apuntadas, no podían resultar del agrado de editoriales vinculadas a otro tipo de intereses. Su «seriedad», las lleva más bien a mantener un estado de estupidez o ignorancia colectiva, mediante la publicación de series policiales, tiras cómicas y bazofias similares. Las hay en nuestro país bajo apariencias solemnes; pero sirven aspiraciones que no son las del pueblo trabajador ni las de los intelectuales responsables. Ellas deben haber sido las primeras en registrar este nuevo y valiente impacto de «Platina» A. F.

**CASI MILAGRO. María Elena Walsh. Cuadernos Julio Herrera y Reissig, Montevideo.**

No es arriesgado decir que María Elena Walsh representa uno de los más hondos y acendrados hontanares de nuestra poesía femenina. Sus poemas responden antes que a la condición y acontecer individuales a una vibración radical del ser que arraiga, sin embargo, en el tiempo y modo de su circunstancia. Es lo que da a su voz resonancia universal a la vez que palpitante dimensión humana.

No hay en la poesía de esta escritora complacencia ni evasión sino, por el contrario, asunción plena de la vida, de la muerte y de nuestro contradictorio destino: «asunción de la poesía», por tanto.

«Casi Milagro», breve pero sustancioso gajo de poemas, prueba lo que decimos acabadamente. — M. B.

**LA VIDA DE SIEMPRE. Horacio Armani. Ediciones «El Tirso».**

Este libro de Horacio Armani, aunque en versos estimables, resume un desaliento sin esperanza que no se compadece con el impulso de celebración o de canto que es el secreto resorte del poeta. Bien está que se nos recuerde cuánto puede haber de desolado y trágico en nuestra peripecia mortal y en nuestra circunstancia («no hay libertad, no hay sueños»; «la vida aquí es puro fórmula»; vidas «espléndidas e inútiles, en verdad, como todo»; «adónde ir con esta vaciedad tan argentina?» etc.), pero no conduce a ninguna parte ni cumple catarsis alguna decirnos que «no hay salvación posible» y que todo «ha sido un juego inútil».

Creemos que la poesía se justifica, como todo intento de comunicación, en la medida en que represente un medio al servicio del hombre «para conjurar y ayudarlo a sostener y soportar el peso de su implacable destino». — M. B.



338

*Jorge Rodríguez*  
7 años - 1957

Las hojas en verano brotan  
de hermosas hojitas sedosas  
y amigas de los pájaros.  
Ellos abrigan sus pichoncitos  
de día y de noche velan  
como Angeles fuertes.  
Ella nos da sombra cuando  
está fuerte el sol.  
Las hojas en invierno  
se hiejan, se secan, hacen  
amarillas, se caen al suelo.  
El viento las lleva lejos a sufrir.

*Gabriela Michel*  
10 años - 1953

ACTIVIDADES  
CULTURALES

*Títeres*

«El quitupí»  
de  
**TARJA**  
en

**Alianza Francesa**  
**Purmamarca**  
**Palpalá**  
(beneficio)  
**Semana de Jujuy**  
(villas)  
**Televisión**  
(Bs. As.)

**Muestra internacional**  
(Bs. As.)

**Tilcara**

**Hogar escuela**  
**Biblioteca Popular**  
**Jujuy**  
(exposición  
y funciones)

**Turismo escolar**  
**Yavi**

**La Quiaca**

**Parque San Martín**  
**San Pedro**

*Exposiciones*

*cerámica*

**Krugli y Touron**

*dibujos*

**Irma Gimenez**

*xilografías*

**Victor L. Rebuffo**

*Junio 1959*

**El ejemplar 15 \$**



**Jorge Rodríguez**  
7 años - 1957

Las hojas en verano brotan  
de hermosas hojitas sedosas  
y amigas de los pájaros.

Ellos abrigan sus pichoncitos  
de día y de noche velan  
como Angeles fuertes.

Ella nos da sombra cuando  
está fuerte el sol.

Las hojas en invierno  
se hiejan, se secan, hacen  
amarillas, se caen al suelo.

El viento las lleva lejos a sufrir.

*Gabriela M...*  
10 años - 19...

tarja

Nueva dirección  
RAMIREZ DE VELAZCO 212



Publicación de arte - registro de  
la propiedad intelectual No. 548-  
643 - Impreso en talleres gráficos  
Gutenberg de José Francisco Ortiz -  
JUJUY

tarja

F. García Lorca

Nocturno del adolescente muerto

Traducción de «seis poemas gallegos»

---

Víctor L. Rebuffo

Serenata marina

13

Nocturno  
del  
adolescente  
muerto

Traducción  
A. Fidalgo



*Vamos despacito a orillas del vado  
a ver el adolescente ahogado.*

*Vamos despacito del aire a la par,  
antes que ese río lo lleve hacia el mar.*

Su alma lloraba, herida y pequeña  
bajo los aromas de pinos y hierbas.

Agua despeñada caía de la luna  
cubriendo de lirios la cima desnuda.

El viento dejaba camelias de sombra  
en la luz marchita de su triste boca.

¡Venid mozos rubios del monte y del prado  
a ver el adolescente ahogado!

¡Venid gente oscura de lo alto y del valle  
antes que ese río hacia el mar lo arrastre!

Lo lleve hacia el mar de cortinas blancas  
donde van y vienen viejos bueyes de agua.

*!Ay, cómo cantaban árboles del Sil  
en la verde luna, como un tamboril!  
¡Venid mozos, vamos, rápido llegad  
porque ya ese río me lo lleva al mar!*